

• LA SUGERENCIA DE LA SALA •

Un viaje imposible en el que buscar un lugar para la esperanza

Max Frisch trata de buscar un sentido a la vida en una de sus primeras obras

Mi me lleva siempre un favor de ventaja, y, sin embargo, o precisamente por esto, me gusta tanto andar sin rumbo con Mi.

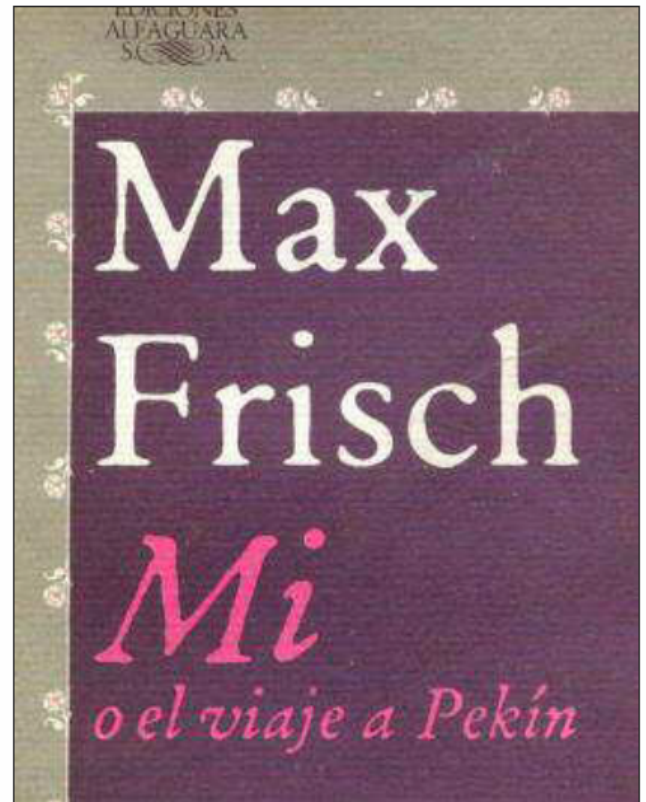
Este jueves pasado se presentó en el Instituto Goethe de Madrid el número ciento diecinueve de la revista *Turia*, con la figura del escritor suizo Max Frisch como protagonista. Se le homenajeaba así en el año que se cumplen veinticinco de su muerte, tratando de sacar a flote la memoria de este autor, desconocido para el gran público (injustamente, como Stefan Zweig). Frisch se auto-definía como pesimista, debido sobre todo a los tiempos que le tocó vivir, con dos Guerras Mundiales y el telón de acero por ejemplo. “La situación actual es desesperada. No sabemos si habrá futuro” dijo hace más de treinta años. Si levantara la cabeza su pesimismo seguiría intacto viendo el Brexit o el enésimo atentado esta vez en suelo turco. Por eso escribió *Mi o el viaje a Pekín* (1945) tratando de literaturizar la búsqueda de un lugar en el que la desesperanza no se hubiese instalado.

Escrito cuando la II Guerra Mundial daba sus últimos coletazos, esta pequeña obra, difícil a veces en su lectura, y otras en su verdadero sentido, nos introduce en un trayecto imposible que trata de analizar a base de escenas y situaciones, verdaderamente bellas en algunos pasajes (“Luego

• PARA FRASEAR •

“Cada vez hay más personas que tienen que sobrevivirse a sí mismas”.

salió la luna también; como un gong de latón, colgada sobre los mimbres de un cañaveral inesperado”), el sentido del individuo frente a la vida, frente al paso del tiempo, frente a lo irracional, y frente a su destino. Su sentido de la estética en esta pequeña obra no es sino una excusa para desplegar toda su visión de la vida, una visión a veces ideal, a veces nostálgica (“La melancolía es un gran espacio, en él caben tienvivos enteros”). Frisch juega con el sentido surreal del ideal al que nos tenemos que acercar, pese a que nunca llegaremos a él. La novela tampoco cuenta con un desarrollo lineal o lógico de los acontecimientos, sino que pone al lector en una suerte de transición onírica que en algunos momentos puede parecer anárquica, pero que se compone de un significado y una intención plena. El propio Frisch enmarcó en la búsqueda de la utopía esta obra, “tiene algo de escapismo, de búsqueda de anhelo”, digamos que



es una especie de *Over the rainbow*, la canción que cantaba Garland.

Un narrador con un misterioso rollo debajo del brazo nos acompaña en un viaje irreal que llega hasta los mismos pies de la muralla china. Le acompaña en este periplo *Mi*, una suerte de espíritu que a ratos aparece y a ra-

tos desaparece. Durante el trayecto se intercalan experiencias, recuerdos y pensamientos que tienen que ver con el viaje, o todo lo contrario. Siempre parece que lleguemos a Pekín, aunque no queda muy claro si ese será el final del viaje. Un denso chupito literario para acercarnos a la gran figura de Frisch.